

La paz no llega

Ramón Armengod*

DESDE que en diciembre pasado el primer ministro Rabin fuera asesinado por un extremista de su propio pueblo, el proceso de paz entre árabes e israelíes ha entrado en una fase crítica: su sucesor y actual primer ministro Simon Peres no goza de la reputación de estadista duro, capaz de conducir el proceso de paz en beneficio de Israel, que tenía Rabin, lo que le obliga ante cada dificultad a tomar actitudes y medidas de fuerza, presionado, más que por los acontecimientos, por la necesidad de revalidar su liderazgo.

Del otro lado, Yasser Arafat se ha visto obligado a pasar por la prueba de gobernar sobre el terreno tras un proceso democrático, con una asamblea de 88 miembros, resultado de las primeras elecciones libres en los Territorios Ocupados, convalidadas por un ejército de observadores internacionales. Aunque su triunfo haya sido rotundo, los votos a su nombre, más que identificación con su política, significan optar por la única vía hacia un futuro propio para el pueblo palestino.

Pero Arafat cuenta, junto con la débil oposición democrática, con otra mucho más poderosa, la violencia de los extremistas islámicos quienes no participaron en los comicios, en parte por no quedar en minoría pero sobre todo para deslegitimar el proceso de recuperación del autogobierno palestino, que ningún árabe olvida que está controlado por Israel.

* Embajador de España. Madrid.

Posiblemente de la euforia de Arafat han sacado una lección: Que la legitimidad revolucionaria conseguida por la O.L.P. en el exilio, en tiempos de descolonización y guerra fría, ha sido puesta al día por procedimientos occidentales, democráticos en los propios Territorios Ocupados, abriéndole a Arafat la posibilidad de borrar el no reconocimiento del Estado de Israel, contenido aún en la Carta Nacional Palestina.

Los radicalismos violentos

ANTE la posibilidad de que el proceso de paz tuviera éxito y cierre el paso a una Palestina total e islámica, los radicales islámicos han acudido a una dialéctica demasiado conocida en los países de la región: La violencia terrorista cuando el líder al que se quiere derrocar es aclamado popularmente, ayudándole a amordazar a los disidentes, justificando además la virtual confiscación del estado en provecho de sus seguidores.

Que los extremismos de ambos bandos hayan recurrido a la fuerza prueba que el proceso de paz estaba a finales de 1995 a punto de convertirse en irreversible: la estrategia de Hamas y Yihad islámica ha sido atacar al enemigo histórico, consiguiendo que Peres y Arafat se encuentren con la protesta, por distintas razones, de sus respectivos pueblos.

La ola de atentados en Jerusalén y Tel-Aviv a cargo de terroristas suicidas, con sus 58 víctimas, ha servido para que los adversarios del proceso de paz en Israel vociferen si éste es el medio adecuado para garantizar la seguridad tanto del Estado de Israel como la de sus ciudadanos (lo que desde la guerra del Golfo ha sido y es aún la única razón válida para que el votante hebreo elija el camino del compromiso en vez de la vía de la supremacía militar utilizada por Israel desde 1967 hasta 1991). Pregunta especialmente oportuna cuando las elecciones en Israel, adelantadas por el propio Peres, se celebrarán en mayo.

El primer ministro israelí ha tenido que iniciar la búsqueda y captura de los islamistas, sin respetar el territorio de la recién estrenada autonomía palestina y exigir a Arafat que colabore en esa búsqueda y castigo de los terroristas y sus cómplices. Pero, lo que es más grave, ante la presión de una opinión pública aterrorizada no sólo ha tenido que cerrar el paso de personas y mercancías entre Israel y los territorios árabes, como en tantas ocasiones ocurrió durante la Intifada, sino que ha anunciado el

establecimiento de una línea fronteriza para preservar la seguridad de Israel, lo que sin duda hubiera tenido que hacerse al terminar el proceso de paz, pero no ahora como una concesión a la incapacidad de árabes e israelíes para convivir. Por último ha tenido que prometer que mantendrá los asentamientos civiles y las bases militares dentro de los propios territorios árabes, asumiendo una parte significativa del programa de la derecha nacionalista a la que tiene que derrotar en las próximas elecciones.

Para Arafat todo esto ha sido el peor contratiempo sufrido hasta el momento. La parte israelí está prejuzgando el resultado del proceso de paz, reduciendo el margen de maniobra del líder palestino y, para salvar los restos, Arafat ha tenido que golpear, más allá de lo hecho por Israel, la estructura islamista palestina (universidades, mezquitas, grupos asistenciales, sociedades culturales, etc.) apareciendo como ejecutor de la política represiva israelí en los propios territorios ocupados, lo que en el pasado no hicieron ni los funcionarios jordanos ni las autoridades municipales elegidas en 1977, sin obtener a cambio la apertura de la frontera y el paso de los trabajadores palestinos a Israel y de mercancías a la zona autónoma árabe, que depende para la subsistencia del beneplácito judío.

La Cumbre de El Cairo

OTRA prueba de la gravedad de la situación ha sido la organización a toda prisa de la Cumbre antiterrorista, iniciativa del presidente Clinton con la colaboración egipcia a la que asistieron sus aliados occidentales y árabes, éstos a regañadientes, y con las exclusiones o ausencias de los valedores del terrorismo: Irán, Siria, Sudán y Libia. Sus resultados han sido descorazonadores, dejando claro que el Próximo Oriente no ha resuelto ninguno de sus problemas: sólo Wahsington ha dado ayuda a Israel, económica y tecnológica, para luchar contra el terrorismo mientras que a Arafat se le ha hecho figurar en la foto para después dejarle solo frente a su pueblo, sin que pueda aplastar a la Yihad, aunque su policía haya detenido a casi un millar de palestinos, ni negociar con Hamas con la misma prepotencia que lo hace con la oposición democrática.

Además se sabe que los planes e instrucciones para acometer acciones suicidas contra Israel se dan desde Jordania, donde Hamas goza de mayor libertad de movimiento que en la autonomía palestina. Nuevamente el

Reino hachemita aparece como lo que es: la retaguardia en profundidad del conflicto palestino, lo que ha de impedirle consolidar su tratado de paz con Israel.

Los últimos triunfos de los extremistas palestinos han sido llevar a Peres a comprometerse ante su propio electorado a celebrar un referéndum para aprobar cualquier acuerdo definitivo con los palestinos, debilitando de antemano la posición de Arafat (que de ahora en adelante tendrá que negociar abiertamente no sólo con el gobierno israelí de turno sino con su oposición), y, lo que es peor, reabrir el conflicto armado a través de sus aliados los terroristas chiitas en el Líbano.

La amplitud de las acciones del Hizbollah contra el Norte de Galilea ha provocado una intervención armada en toda regla de Israel que recuerda la situación en 1982 al inicio de la guerra palestino-libanesa-israelí, que terminó con la destrucción de Beirut y la hegemonía Siria sobre el Líbano (las últimas noticias, al escribir estas líneas son que helicópteros israelíes han bombardeado selectivamente barrios al Sur de Beirut, como advertencia a los fanáticos chiitas).

El impacto de este nuevo escenario en las difíciles negociaciones entre Jerusalén y Damasco obligará a la intervención diplomática norteamericana para salvar esta otra vía a la paz en Próximo Oriente; normalmente el precio que por ella haga pagar Siria se verá incrementado.

Aunque Peres consiga ganar las elecciones lo hará atado por sus promesas y por todos estos rebotes de violencia; posiblemente se verá abocado a ralentizar el proceso de paz con Arafat y a concentrar sus esfuerzos para asegurar la paz en la frontera norte a través de un acuerdo con Siria que les permita imponer una paz conjunta al Líbano, y sobre todo a los núcleos extremistas que allí campan incontrolados. Peres o su sucesor cuentan con las presiones de Estados Unidos, pero conseguir la paz con el resto de sus vecinos árabes debe ser tarea prioritaria, antes de que el panorama político internacional y la capacidad de actuación norteamericana en Próximo Oriente se hagan más problemáticos.

En cualquier caso queda demostrado, si ello fuera necesario, que la paz entre árabes e israelíes no se obtiene a través de un proceso de negociación diplomática entablado solamente por el pánico sembrado por la guerra del Golfo y por la hegemonía coyuntural de Washington en la región.